

SOBRE LA FUNCIÓN DEL PASADO HISTÓRICO EN LOS I MOVIMIENTOS NACIONALISTAS

¡Viva Cos, morra Meangos!
(proclama micronacionalista
dicha en Cos)
¡Morra Cos, viva Meangos!
(proclama micronacionalista
dicha en Meangos)

G. Pereira Menaut
Universidad de Santiago

Resumen

En los nacionalismos modernos el pasado histórico juega un papel aparentemente fundamental: es en el pasado donde se encuentran los fundamentos de la identidad diferenciada de los pueblos. En la discusión de esta opinio communis se llega a conclusiones desalentadoras: no hay pueblos con una identidad diferenciada ab-origine, sino que en contacto constante con otros pueblos, comparten rasgos etnohistóricos nunca excluyentes ni exclusivos. Los pueblos actuales son herederos del pasado, pero no se le una correspondencia biunívoca cop sendos pueblos antiguos. Los elementos étnicos que diferencian a un pueblo son también criaturas de la Historia, pueden nacer, crecer o desaparecer. El pasado no es un fundamento para los nacionalismos modernos, aunque actúe de esa manera en las ideas corrientes populares.

Abstract

Historical ancestors play an apparently fundamental role inside modern nationalisms; foundations of to-day's differentiated identity should be looked for in the past. On discussing this opinio communis some disappointing propositions come to light, namely that there are no peoples with a differentiated ab-origine identity. Ancient peoples grew always in contact with other human groups with which they share some ethno-historical features, which are never exclusive. Modern peoples are the heirs of their past, but there have been many changes in the meantime. Ethnical items which define and differentiate a people are also historical creatures: they can grow up or be defeated down. The historical formation of a people is a process that never ends. Past is no effective basis for modern nationalism, although it is often lively present in current popular opinions.

Contribuir en un homenaje al Prof. F. Presedo es para mí mucho más que un proceder académico. No profesor -en mi caso- pero sí maestro, F. Presedo me ha enseñado mucho sobre aquello que quizá es lo más importante en la disciplina histórica: la posición del observador frente a los objetos de conocimiento. F. Presedo no concede a las cosas -a los objetos históricos- un valor en sí mismas; no es un anticuarista. ni un adicto al *mos philologicus*. No se deja atrapar por el texto o la ruina más o menos venerable. No concede a todas las cosas el mismo valor, y sabe además que tal valor existe sólo en virtud de la representación de la Historia que se hace el investigador, y en definitiva en virtud de su manera de estar en su propio mundo: Si esto es siempre así para cualquier historiador, sólo aquellos que son conscientes de ello hacen algo más que reproducir actitudes para crear las suyas propias, y sólo ellos pueden distanciarse del objeto de estudio. Tal distanciamiento lleva. a un cierto aparente escepticismo, lleno de momentos sugerentes. En los cursos de Historia del Antiguo Egipto que F. Presedo impartió en la Universidad de Santiago durante varios años, podíamos apreciar junto a

su profundo conocimiento de los temas, un distanciamiento intelectual que se hacía desacralización. Los temas llegaban a los estudiantes más claros, aprehensibles y razonables.

F. Presedo querrá comprender, espero, que mi contribución a su Homenaje sea también distanciada. Mi reflexión es sobre pueblos antiguos y actitudes modernas; mi interés nace del presente inmediato tanto como del pasado.

El florecer actual de los nacionalismos en todo el mundo conocido, por sus dimensiones, su virulencia y su complejidad, es un estímulo a la reflexión para los historiadores. No sólo para los que se ocupan de la Historia Contemporánea -el fenómeno pertenece a su campo de estudios- sino también para quienes nos ocupamos de la Antigüedad. La justificación y la explicación de las actitudes nacionalistas se cree encontrar en la identidad diferenciada del pueblo de que se trate, y tal identidad hunde siempre sus raíces en la Historia, más o menos lejana. En muchos de los casos más conocidos, como sucede con gallegos, vascos o israelitas, su identidad o su vinculación a su territorio alcanzan con sus raíces a la época Antigua o inmediatamente anterior, objeto de estudio para historiadores de la Antigüedad, lingüistas y arqueólogos. En principio, pues, nuestra opinión podría o debería tener un lugar propio en el debate.

Con toda frecuencia, el 'hecho diferencial' se explica mediante una línea directa con el pasado. Los gallegos son distintos, para empezar, porque son celtas, se dice. Los vascos tienen en su lengua el testimonio inapelable de su diferenciación anterior a la llegada de los romanos. Los israelitas tienen derecho a ocupar su tierra porque fueron expulsados por los romanos hace poco menos de 2000 años. Este es el planteamiento de la inmensa mayoría de las personas (seguramente no el de los políticos que animan o dirigen los movimientos nacionalistas), y es un planteamiento falso. El pasado vive y actúa sólo en la medida en que desde el presente se le hace vivir y actuar; por sí mismo, el pasado no produce actitudes nacionalistas, no explica y desde luego no justifica nada. Algunos ejemplos servirán, más adelante, para fundamentar estas afirmaciones.

Siendo así las cosas, la observación del presente nos hace dirigir nuestra mirada hacia atrás, hacia esa época en la que, al parecer, se pusieron las bases del 'hecho diferencial' de ciertos pueblos, hacia la época Antigua. De esa interrogación al pasado surgen las siguientes reflexiones, que quieren ser una contribución del historiador de la Antigüedad del a la discusión del panorama moderno.

I. NO HAY PUEBLOS AB-ORIGINE. LOS PUEBLOS SE CONSTITUYEN EN UN DETERMINADO MOMENTO HISTÓRICO

Ninguno de los pueblos que hoy parecen tener o tienen una identidad más diferenciada, y cuya diferenciación puede ser rastreada hacia el pasado, existen desde siempre, es decir, desde un momento que se escape a nuestra observación. Siempre sabemos cómo y cuando se han formado, con más o menos información en cada caso. Esta afirmación puede ser considerada tautológica, y por ello irrelevante, pero no es así. Resulta autoevidente que en la época de los Cromagnon no hay pueblos en el sentido corriente del término, pero al público no ilustrado en estos temas le sorprenderá saber que antes del cambio de era, hace 1991 años aproximadamente, no había galaicos; que antes de mediados del I milenio a. C. no había castros -sólo los comienzos de esa cultura arqueológica- ni castreños. En la Edad del Bronce todavía no había carpetanos, ni celtiberos, ni vettones, ni vascones, ni nada. Es en la Edad del Hierro cuando aparecen a la Historia los pueblos prerromanos de Hispania. Es un fenómeno general: lo mismo puede ser dicho de los griegos, de los latinos, de los germanos etc. sin que ello suponga la misma cronología para unos y otros pueblos, pues la fuerte eclosión que fue la Edad del Hierro empezó en unos sitios antes que en otros. Si podemos afirmar que no

existen los pueblos históricos en la Edad del Bronce no es simplemente porque no tengamos documentos que nos permitan conocerlos, sino por razones positivas: el registro arqueológico de la Edad del Bronce define grandes áreas con una cultura arqueológica común (aunque no en todos sus rasgos), por ejemplo el llamado Bronce Atlántico, mucho más extensas que los territorios de los que después serán los pueblos históricos. En esa época, Galicia y el actual País Vasco son mucho más parecidas de lo que serán 500 años más tarde. Los dólmenes, que suponen también una forma de concebir el culto a los muertos y no sólo una forma de utilizar las piedras, son comunes a uno y otros (si en diferentes partes de la cornisa cantábrica son considerados, hoy, distintivos de su pasado histórico, es sólo por pura ignorancia). Dentro de esas grandes áreas arqueológicas de la Edad del Bronce se empezará a destacar y a diferenciarse otras áreas mucho más pequeñas y mucho mejor definidas con el paso del tiempo, más cercanas en extensión a los pueblos históricos, aunque tampoco coincidentes con ninguno de ellos. O sea: el proceso no es como el de un haz de luz que se abre desde un punto único originario, sino como el de un chorro de luz que se concentra en un punto para formar una Imagen. De un magma primitivo poco diferenciado en su interior se van a formar, aquí y allá, concreciones de aspecto particular y distintas entre sí. A medida que avanza la Edad del Hierro se diferencian cada vez más: es la formación de los pueblos, el proceso que llamamos Etnogénesis. Los pueblos históricos de la Península Ibérica que muchos consideran la ancestral por su autonomía son muy modernos, menos de 3.000 años de antigüedad en todo caso, la que en términos relativos es muy poca (mucho antes ya han florecido las altas culturas de Mesopotamia, Egipto, los Hititas, el mundo micénico...).

2. EN EL PROCESO DE FORMACIÓN DE LOS PUEBLOS, NO HA Y UNA SEMILLA QUE GERMINA y DESARROLLE LO QUE ESTABA SÓLO EN POTENCIA

Los avances de la Arqueología y del análisis de los textos de los escritores antiguos, así como de la Lingüística, en los últimos años, han contribuido a destruir la idea del aislamiento de algunos pueblos, la ausencia de influencias del exterior. Si en ciertas regiones del mediterráneo se daba por hecho que estaban expuestas a influencias de otras culturas mediterráneas más potentes, para el norte de la Península, y en particular para Galicia se había predicado un cierto aislamiento o un estar de espaldas a los fenómenos que ocurrían en la Península y abierta a influencias ultramarinas de regiones más al norte. Nada más lejos de la realidad. La Arqueología ha mostrado en Galicia una creciente (ello se debe a la creciente cantidad y calidad de la investigación) presencia de artefactos procedentes del Mediterráneo, de otras partes de la Península Ibérica, y finalmente de Italia, bastante antes de que los romanos se acercasen a la esquina del noroeste. Dicho con otras palabras: a medida que avanzamos en el proceso de formación de los pueblos, se van decantando grandes áreas con personalidad propia (como la cultura ibérica, por ejemplo) pero ninguno de los registros arqueológicos (cerámica, utensilios) o lingüísticos son exclusivos; todos son compartidos en más o en menos. Ejemplo: la onomástica personal prelatina de la antigua Galicia la asemeja, en ciertos casos, a Lusitania; en otros a la Meseta, en otros a la franja más al norte (ello no impide que haya nombres que solamente conocemos en Galicia o en Asturias etc.). Se trata, por tanto, de un rico proceso dialéctico: en el proceso de formación se van definiendo áreas culturales, más diferenciadas, pero no sobre la base de rasgos excluyentes, sino compartidos en mayor o menor medida. Sólo en algunas áreas más restringidas se da una concentración de fenómenos de tal manera que podemos hablar de 'Celtíberos propiamente dichos', 'Lusitanos propiamente dichos' etc. De todas

maneras debemos afirmar categóricamente que ninguna de esas áreas culturales (arqueológico-lingüísticas) se va a corresponder con ninguno de los pueblos históricos, aunque algunos rasgos puedan ser adscritos, muy grosso modo, a ciertos pueblos. Todo ello es lo mismo que decir que los pueblos no se formaron a partir de un embrión originario en todo diferenciado, sino, bien al contrario, a partir de un rico juego de influencias, de expansión de técnicas, útiles, lenguas etc. Sobre áreas geográficas más extensas que los pueblos históricos. Esta misma perspectiva debe ser aplicada a fenómenos que el público no iniciado considera exclusivos y excluyentes: en el supuesto de que Galicia tuviese un fuerte componente celta -lo que no es cierto- también entonces se trataría de algo adquirido en el proceso de formación, lo más pronto hacia 600 a. C. , no presente desde el principio. Podemos expresar esta idea de otra manera. Si los pueblos se formasen mediante el desarrollo de un embrión originario, que contuviese en potencia todo aquello que va a ser característico de ese pueblo, entonces debería haber complejos histórico-lingüístico-arqueológicos, es decir, complejos cultura- los arqueológicos diferenciados con su correspondiente fenómeno lingüístico también diferenciado y pertenecientes a un pueblo también diferenciado. Nada más lejos de la realidad.

3. EN EL PROCESO DE FORMACIÓN, LOS PUEBLOS CONSERV AN ALGUNOS POTENCIA ELEMENTOS, PIERDEN UNOS y ADQUIEREN OTROS

Los hechos lingüísticos son aquí un ejemplo paradigmático. Sólo los vascones conservaron su lengua (que, por cierto, no deja de estar emparentada de algún modo con las de otras áreas) durante la Antigüedad y aún después. El resto de los pueblos adoptaron, más pronto o más tarde, el latín, perdiendo sus propias lenguas y su propia onomástica. El proceso es variopinto y no se termina en la época antigua: en el noroeste de la Península se adoptaron después algunas palabras de origen germánico, al final de la Antigüedad y I Alta Edad Media, y numerosísimos nombres personales y topónimos; el latín, sin embargo, resistió los embates en todos los otros frentes del léxico habitual. Para cada grupo de fenómenos debemos trazar una historia particular. Los fenómenos religiosos se conservaron, bien que con alteraciones, durante la época romana, y sólo el cristianismo intentó y consiguió destruirlos, con más o menos éxito: unas veces asumiéndolos en la cristianización de cultos y lugares, otras veces sin poder erradicarlos, incluso hasta el presente (por ejemplo el culto a las piedras en la actual Galicia, que parece ser heredero directo de la Antigüedad). La facies epigráfica que conocemos bajo dominio romano servirá también para ejemplificar el complejo proceso de conservación, pérdida y alteración de elementos propios. Se pueden establecer regiones epigráficas, sobre todo en el norte de la Península y Meseta Norte, donde la romanización fue menos intensa -al menos en este aspecto-. Hay unas inscripciones inconfundiblemente galaico-romanas, como inconfundibles son las de los Vadinienses y otras cántabras. En ellas hay, pues, elementos indígenas, pues están presentes sin que puedan haber venido del exterior. Hay elementos importados, como la lengua latina o ciertos elementos decorativos. Pero lo más importante ahora es que ninguno de esos pueblos hacía inscripciones ni adoraba a los Dioses Manes antes de la llegada de los romanos. Con otras palabras: lo que podemos considerar tan típico, tan 'propio', es el resultado de la influencia del conquistador. Del diálogo entre lo propio y lo foráneo sale una creación cultural que no es menos propia, pero que supone la pérdida de elementos (los hábitos funerarios prerromanos) la conservación y/o la adquisición de otros nuevos. Podemos afirmar también que nada de lo que se conserva permanece exactamente igual que antes. La conservación de rasgos culturales ajenos a todo cambio, a lo largo de un período considerable de tiempo no es síntoma de potencia o resistencia, sino más bien

de primitivismo, de aislamiento. Otra cosa es que, desde nuestro presente, tal aislamiento, cuando se da, sea considerado algo valioso, un regalo de la Historia.

Dentro del panorama pérdida-conservación-adquisición, debemos tener presente que para los pueblos de la Península Ibérica, la conquista romana y sus posteriores efectos significaron un cambio de primera magnitud, pero no necesariamente una destrucción de la propia identidad en todos los casos. Es cierto que después de la romanización hay pueblos de la Península que desaparecen como tales, ya sea para siempre (p.e. los Indigetes, los Edetani, los Oretani, los Paesici de Asturias, los Celtiberi -vid. infra- y muchos otros). Pero los Galaicos no existen antes de la conquista romana, ni los Astures ni los Cántabros: estos pueblos son una creación de los romanos, cuando, a partir de realidades preexistentes (que incluyen la existencia del etnónimo pero para referirs~ a realidades distintas de las que luego consideraremos históricas) organizan los territorios y crean regiones históricas en el caso de Callaecia es particularmente claro: crean esta región desgajándola de una gran Lusitania que llegaba hasta el Cantábrico, con la cual Callaecia siempre mantendrá ciertos rasgos comunes. Algún tiempo después se podrá decir que también existe la conciencia de ser Callaecus (lo atestigua la epigrafía), y tal conciencia es, sin duda, el elemento más importante en la diferenciación de un pueblo. Aquí no hay destrucción, sino creación, a pesar de todas las alteraciones que se hayan dado, de todas las pérdidas habidas. Es un ejemplo particularmente claro del proceso de formación de un pueblo.

4. EL PROCESO DE FORMACIÓN DE LOS PUEBLOS NO SE TERMINA NUNCA, SINO QUE ES PERMANENTE

Los pueblos históricos de la Península Ibérica empiezan a existir en la Edad del Hierro, con un momento también trascendental en el fenómeno que llamamos Romanización. Pero el proceso de formación no se detiene ahí. Habría que decir, en verdad, el proceso de formación o des-formación, pues mientras algunos pueblos se forman otros desaparecen, como hemos visto. El ejemplo de Cataluña es aquí paradigmático. El pueblo catalán empieza a formarse en el siglo IX d.c., bajo la batuta del conde Wifredo el Velloso. No existe antes, y no se puede rastrear ni en el mundo ibérico -a pesar de algunos ensayos anticientíficos- ni en el mundo romano. No es extraño que para algunos catalanes, hoy, la antigüedad de los ancestros de un pueblo no sea algo muy valorable. En la actualidad, el Estado de las Autonomías está procurando también el desarrollo de sentimientos de auto-identidad en algunas comunidades autónomas donde no existía o sólo débilmente. Es muy claro en el caso de Andalucía, donde se plantea ya la consideración como idioma propio de su forma particular de hablar el castellano. y en efecto, la historia, como luego veremos, puede crear nuevos rasgos diferenciadores. Pueblos recientes son los) de América Latina, aunque hoy nos parezcan tan diferenciados como sucede con argentinos y brasileños. A pesar de todo ello, tenemos en la Península Ibérica un hilo conductor que nos lleva directamente a la Edad del Hierro en algunos casos, sobre todo en aquellos que permanecieron al margen de la ocupación musulmana.

5. LA CONQUISTA ROMANA y SUS CONSECUENCIAS DEBEN SERCONSIDERADAS COMO PARTE DEL PROCESO, NO SIMPLEMENTE COMO UNA RUPTURA

Si aceptamos que el proceso de formación (o eventualmente des-formación) no se detiene en ningún momento, sin entrar a valorar si es bueno o malo, deseable o no, que se produzcan alteraciones en la forma de ser de determinado pueblo, entonces necesariamente debemos considerar la conquista romana de la Península Ibérica y sus

posteriores consecuencias como un momento del proceso. Es interesante observar que la valoración que se hace, desde la actualidad, de los diferentes momentos o factores determinantes del proceso es muy variada y no se sujeta a ningún parámetro objetivo. Para algunos gallegos la pretendida entrada de celtas (así visto en la opinión popular) fue 'buena' porque es constitutiva del ser gallego; la conquista romana fue 'mala' porque atentó contra el 'el ser gallego', aunque fuera en sus orígenes. Esos mismos gallegos pueden valorar su lengua diferenciada, el idioma gallego, como el más precioso signo de identidad. Con ello se deduce que lo que se valora, en la identidad de un pueblo no es la 'ancestralidad' pura y simple, pues de otro modo deberíamos ver a los celtas como destructores de lo que antes había en el solar gallego; eso que había antes debería ser 'mejor', por ser más propio y más antiguo. El caso andaluz es también muy elocuente. La realidad de los hechos hace que la identidad del andaluz nacionalista sea considerada, y muy altamente valorada, no como un derivado de un origen antiguo y unitario, sino al contrario como resultado de una mezcla de culturas. La entrada de los musulmanes habrá sido en su momento traumática para los proto-andaluces que allí vivían, pero es ahora considerada de otra manera, pues sin ellos no habría una Andalucía como la que hoy tenemos, y quizá ni siquiera el nombre. Quizá debamos pensar que, vistas las cosas desde lejos, todo lo que intervino en la formación de un pueblo es asumible por aquellos que, quieran o no, son herederos de todo lo que de hecho sucedió.

Aceptamos que la romanización es un momento del proceso. De inmediato es necesario distinguir: para algunos pueblos llegó a ser parte constitutiva de su 'ser', para otros significó una mutación traumática, la muerte. Ello no encierra ninguna contradicción, toda vez que sabemos que el proceso es permanente y de dos direcciones: puede llevar a la formación o a la destrucción. Para Galicia (y no sólo) significó la aparición de aquello de lo que hoy podemos sentirnos herederos. Las fuentes nos hablan, en el caso contrario, de la aniquilación de grupos de indígenas, pero podemos a ello añadir la desaparición de pueblos como los Celtíberos o los Lusitanos. Los primeros siguen existiendo, por ejemplo, en el ejército romano, pues conocemos unidades auxiliares (cohortes) de Celtíberos. Ahora bien, Celtiberia no será ya entonces más que una región etnográficamente diferenciada, mientras que Callaecia será una región también administrativamente estructurada. Al final de la Antigüedad, Callaecia seguirá existiendo, Celtiberia no. Los Lusitanos tampoco desaparecen tras la conquista romana, pero bajo tal nombre se comprenderá entonces a todos los habitantes de la provincia de Lusitania, que engloba a pueblos diferentes a los primitivos Lusitanos, los de Viriato, que han desaparecido subsumidos en una entidad superior. El nuevo concepto de Lusitano será de orden político-administrativo, no étnico.

Con ello llegamos aun aspecto fundamentalísimo para nuestra reflexión: la dialéctica entre etnia y política. Hasta este momento hemos hablado de 'pueblos' sin más especificaciones, en un tono que es comprensible para todo el mundo. Las cosas no son, sin embargo, tan sencillas.

Un pueblo cualquiera está diferenciado de otros en virtud de uno de estos dos elementos (o de ambos): lo étnico y lo político. Se entiende por .etnia» un grupo diferenciado por sus costumbres, su forma de vivir en general, de vestirse, de hacer la guerra, eventualmente por una lengua propia y en los casos más claros también por una propia auto-representación, que incluirá leyendas y creencias sobre un origen diferenciado. Pero no incluye aspectos raciales; como para Tácito en su descripción de Germania, lo significativo aquí es el hombre vestido, no desnudo, con toda su cultura a sus espaldas. Por .política» se entiende la dimensión organizativa de un grupo humano. La propia Roma es el mejor ejemplo de un grupo humano diferenciado solamente por

lo político: desde el comienzo, Roma se compone de individuos pertenecientes a etnias diferentes (sabinos, oscos, latinos...). Los grupos étnicos que podemos detectar en la arqueología (cultura material, forma de asentarse sobre el territorio etc.) y en la lingüística (lengua, teonimia etc.) son mucho mayores que los grupos políticamente diferenciados. Numancia, por ejemplo, está separada políticamente de las comunidades vecinas, que no la socorren en el momento de mayor peligro, pero no étnicamente: todas ellas son del grupo de los Arévacos. Éstos, a su vez, forman parte junto con otros del gran grupo de los Celtíberos. En las fuentes antiguas no siempre encontramos una diferencia funcional clara entre unos y otros. Aunque estén políticamente diferenciados y se peleen entre sí con frecuencia, diferentes grupos pueden unirse ante un peligro común. Aunque políticamente distintos, pueden mantener cultos y creencias propias del gran grupo. Podemos encontrar pues con cualquiera de las tres entidades (Celtíberos, Arévacos, Numantinos) en diferentes contextos, ya sea como lo que la historiografía moderna ha llamado .confederación tribal. (que tendrá efecto sólo en momentos de peligro; así los Astures o los Cántabros en la guerra contra el invasor romano), o cuando se trata de una descripción etnográfica (“los celtíberos usan una capa...»). Pero lo más determinante es la diferenciación política, como pudieron comprobar los numantinos y todos aquellos que en la guerra contra Roma fueron traicionados por sus vecinos.

Hemos venido diciendo que los rasgos étnicos que diferencian a unos de otros grupos se generaron a la largo de la Edad del Hierro. Esos son los grupos que nos interesan, aquí y ahora, pues es en ellos donde las actitudes nacionalistas actuales pueden o quieren busca (antecedentes de su identidad diferenciada. La romanización no supuso una ruptura de vínculos o rasgos diferenciadores de carácter étnico, más que cuando un grupo así diferenciado fue forzado a abandonar ciertos elementos constituyentes de su identidad: los Astures fueron obligados a bajar al llano; algunos pueblos fueron dislocados y recolocados en ambientes ajenos; otros fueron aniquilados o vendidos como esclavos; otros fueron obligados a formar parte de una entidad política étnicamente distinta. Tales posibilidades se hicieron realidad cuando los conquistadores querían acabar con focos de resistencia, con pueblos que no aceptaban el dominio romano. En otro caso, cualquier grupo con rasgos étnicos propios pudo r continuar con sus usos y prácticas durante todo el tiempo, *siempre que tales usos no j entrasen en contradicción con las leyes y normas impuestas por los romanos*. Estas leyes y normas pertenecen al derecho civil y al *ius gentium*, no a los bailes de la luna nueva, a no ser que éstos, por ejemplo, incluyan sacrificios humanos, prohibidos en la ley romana. Podemos establecer que el ciudadano de Clunia *I. Valerius CJ Gal. Crescens* que pertenece a la *cognatio* indígena de los *Bundalici*, podría cortejar a su novia libremente según sus ancestrales costumbres, pero que necesariamente tenía que casarse según el *ius civile* si quería tener unas *iustae nuptiae*. Los delitos que pudiesen cometerse durante el cortejo también habrían de ser juzgados según el derecho romano. Si extendemos el ejemplo podemos decir que los Celtíberos, los Astures etc. pudieron conservar todo aquello propio de su grupo étnico que no contradijese a las leyes romanas, tal como en cada caso fuesen y se aplicasen. La compartimentación de las tierras y pueblos en provincias, *conventus* y *civitatestiene* que haber significado una irrupción en el panorama étnico de la Península, dado que esas entidades no respetan nunca, por completo, las áreas o regiones diferenciadas que podemos conocer, aunque lo intentase (los límites étnicos son siempre difusos, como puede comprobarse en la Arqueología y la Lingüística). Pero sigue siendo cierto lo anterior: no hubo el menor interés, por parte de los romanos, en acabar con la identidad étnica de los pueblos, ni en Hispania ni en otros lugares. Incluso los judíos, el único grupo étnico que como tal grupo se afirmó con fuerza contra el poder romano, en virtud de su exclusivismo

religioso, obtuvo prerrogativas a veces excepcionales, como nos cuenta -aunque algunas no sea fiable- el historiador judío Flavo Josefo en sus *Antiquitates* (14, 186-267 principalmente).

En la dialéctica entre etnia y política, la primera resultó a veces perjudicada, siendo lo político más trascendental para las personas que vivían en las comunidades políticamente diferenciadas, con todo lo que ello supone. Otras veces lo étnico resultó reforzado -aunque con alteraciones importantes-, como sucedió en el ejemplo de Callaecia tantas veces citado, y aún en otros. No podemos ir mucho más lejos. Si los Várdulos y los Vascones a mediados del siglo II d. C. todavía eran censados por los oficiales de las legiones, y si ello significa que estaban muy mal integrados en el Imperio romano (o sea, habían sufrido menos alteraciones por la presencia romana), ¿por qué los Várdulos desaparecen por completo de la historia, al contrario que los Vascones? No podemos contestar, no tenemos información, desconocemos la historia particular de los Várdulos.

En lo que hemos expuesto en este último apartado se contienen algunas ideas claves para la reflexión final.

6. CONCLUSIÓN

El historiador romano Tácito nos cuenta que el emperador Claudio quiso dar entrada a los notables de la Gallia en ciertas altas magistraturas romanas. El senado romano se opuso, precisamente porque eran galos, no romanos, desde el punto de vista de la etnia (pues eran ciudadanos romanos). Para convencerlos, el emperador pronunció un discurso (que Tácito transmite en sus *Anales* 11,24 y en parte conservamos en una inscripción contemporánea) en el que dice expresamente que Rómulo, el fundador de Roma, había sido tan sabio que a muchos pueblos vencidos en el mismo día los había tenido como enemigos y más tarde como conciudadanos. Añade Claudio que la causa de la ruina de Atenieses y Espartanos había sido el considerar a los sometidos, siempre, como extranjeros. En efecto, una de las más impresionantes aportaciones de los romanos fue a separación radical entre etnia y política: cualquiera puede ser ciudadano romano, bajo determinadas condiciones, sin que para ello importe su origen étnico. Un judío, un tracio, un germano, un númida o un astur pueden ser ciudadanos romanos sin ninguna diferencia desde el punto de vista político. Esto habría sido impensable para los atenienses, para quienes la ciudadanía estaba vinculada al origen ateniense.

Los romanos utilizaban dos conceptos diferentes para lo étnico y para lo político. Para lo primero, *gens*; para lo segundo, *civitas*. Ambos conceptos fueron utilizados, sin confusión, por los autores antiguos. *Civitas Lougeiorum ex gente Asturum*, como dice una inscripción hallada recientemente, indica que la comunidad política de los Lougei pertenece al grupo étnicamente definido de los Astures. Ni que decir tiene que lo determinante desde el punto de vista legal, jurídico y administrativo era la *civitas*, fuera de la cual el individuo era extranjero. Pero también lo étnico o étnico-histórico tenía un lugar en la vida, como hemos visto en el ciudadano de la colonia de Clunia que pertenece a un grupo de naturaleza indígena -por transformado que estuviese.

El «estado romano estaba compuesto por una gran cantidad de comunidades políticamente diferenciadas, *civitates*, autónomas en mayor o menor medida, dependientes todas de un poder central. Lo étnico no era relevante, desde esta perspectiva. Era algo así como una confederación de características peculiares. Al desgajar lo étnico de lo político, los romanos conquistadores tuvieron que someter a los grupos étnicos con los que se enfrentaron; les quitaron toda dimensión política, les permitieron conservar su contenido étnico, siempre que no se interfiriese con lo anterior.

Salvando todas las diferencias, lo más parecido que encontramos en la Historia son los Estados Unidos de América del Norte, cuyos ciudadanos proceden de los lugares más diversos del planeta y conservan su dimensión étnica siempre que lo deseen y no contradiga las leyes.

¿Es la separación étnica y política algo deseable, históricamente más desarrollado? Como estudiosos de la Antigüedad podemos sentirnos llevados a ver en el Imperio Romano un magnífico logro, superior a los amasotados imperios de la edad moderna, compuestos de súbditos y no de ciudadanos. Pero como estudiosos de la Historia sabemos que la valoración que se haga, la respuesta a esa pregunta, está también en función de la propia Historia. Después de la I Guerra Mundial, en Alemania, muchos se declaraban ciudadanos del mundo, *Weltbürger*. Con ello se buscaba el distanciamiento de un pueblo y de un estado de tan malos recuerdos. En la actualidad vemos resurgir, en otras circunstancias, el viejo nacionalismo alemán anterior a 1945. La respuesta a la pregunta arriba formulada no parece posible en términos ajenos a la propia Historia, como tampoco fuera de ella se puede comprender que el nacionalismo sea ahora una actitud de izquierdas, ahora de derechas.

Para los ciudadanos de los EE.UU. de América del Norte la separación entre étnica y política es deseable y beneficiosa. La expresión 'This is America' significa que allí todo el mundo puede sentirse en casa, ser libre, progresar y triunfar, incluso los recién llegados; es la tierra de promisión, donde todos los viejos lazos que atan al hombre a su historia, a las condiciones vitales que ésta determina, desaparecen para dar a las propias posibilidades, que sólo dependen de uno mismo. Al margen de lo que haya de verdad en el 'sueño americano', podemos entender que en ese caso no se valoran los fundamentos de los nacionalismos a la europea. Pero otros nuevos vienen a ocupar su lugar. En los EE.UU. de América del Norte se está 'creando étnica', en la medida en que poco a poco nacen señas de identidad que los diferencian. Tienen una lengua que ya merece un aprendizaje distinto del de la lengua madre; tienen un estilo de vida, el 'american way of life' que es creación suya, y una enorme cantidad de rasgos culturales más o menos diferenciados, y en ocasiones dominantes en el panorama mundial. Su insistencia en conceptos como 'nation' y 'country' muestra también cierta aspiración a la construcción de algo más que una comunidad solamente política. En los EE. UU. de América del Norte se han creado y se están creando vínculos, rasgos diferenciadores de carácter étnico. Hoy no es posible inventarse, para ellos, un pasado diferenciado. Pero si han creado su propia mitología, en el estilo de la conquista de una 'new frontier' en el culto al 'self made man'.

Lo étnico, como lo político, se crea y se destruye en la Historia. En el pasado y en el presente. En el pasado conocemos abundantes ejemplos de grupos étnicos que segregan otra gens que llega a tener su propia identidad, como sucede con los etruscos, desgajados según Tácito (*Annales* 4,55) de la gens de los Lidios. Otros ejemplos más actuales hemos visto a lo largo de esta reflexión. Sin embargo, lo étnico es una dimensión tan fuerte en las sociedades humanas, que antes y ahora se buscaban y se buscan fundamentos extrahistóricos o ajenos a la experiencia inmediata. Los antiguos buscaban su autoidentidad más prístina en dioses, semidioses o héroes, como Eneas para los romanos o el dios Tuisto para los germanos, acudiendo a los mitos en una palabra. En la actualidad, como sucedió en Alemania con los arios, en Galicia con los celtas, en el País Vasco con lo ancestral prerromano, no acudimos a los mitos, sino a la Historia, al pasado remoto, cuanto más remoto mejor. Hemos visto que podemos lanzar un hilo directo hacia el pasado, saltando todo lo que hay en el medio, como si el proceso de formación de los pueblos actuales se hubiese detenido entonces. Si lo hacemos, veremos que ese pasado no es tan remoto ni tan puro o idéntico a sí mismo. Con otras

palabras: el viaje hacia atrás no nos lleva a ninguna parte, o al menos no lo hace con la rotundidad y la brillantez que se podría suponer. Si trazamos el hilo en dirección opuesta, del pasado al presente, siguiendo aquello que consideramos ancestral, llegaríamos a donde no querríamos llegar: el rastro de los celtas nos llevaría más bien a Soria o a Guadalajara; la lengua vasca no exactamente a las actuales provincias vascas, sino más bien a Aquitania, Navarra y Aragón.

Pero con esto no hacemos ninguna contribución positiva al debate sobre los nacionalismos. La referencia al pasado tan frecuente en la opinión popular es una especie de autoengaño: en la cuestión nacionalista lo esencial es el presente de un pueblo, no su pasado. Cuando, por alguna razón, un pueblo (o una clase social que actúa como portavoz desde una posición predominante) necesita vivificar su vinculación aun pasado propio, lo de menos es si lo tiene realmente. Si no lo tiene, lo inventa, como sucedió con la vinculación (falsa) del Irán del Sha con Ciro el Grande; con el intento nunca cumplido de los turcos de echar raíces en Anatolia, donde no las tienen, promoviendo el conocimiento del mundo hitita en detrimento del greco-romano. La invención de un pasado glorioso no es tampoco nada nuevo. Ya lo hizo el gran Tito Livio al escribir su Historia de Roma; él mismo reconoce que siendo Roma tan poderosa y gloriosa se le puede permitir que invente un pasado acorde con su poder y su gloria, aunque sea mentira (I praef. 7).

Nuestra contribución, desde la Historia de la Antigüedad, es en modo negativo. Solamente podemos aclarar un poco el panorama, haciendo ver que el pasado histórico no pertenece en realidad a la cuestión viva., que a lo sumo puede servir de decorado circunstancial. En el caso contrario, como sucede en Galicia, una identidad étnica envidiablemente bien conservada y un pasado histórico relativamente muy bien diferenciado no han dado lugar a pulsiones nacionalistas tan fuertes como las de otros pueblos peor pertrechados en principio para ello. Por qué esto es así pertenece a la más contemporánea de las historias y queda fuera de nuestra reflexión.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Por cortedad de espacio, he prescindido de notas. El lector interesado puede encontrar referencias pertinentes en las Actas de los Coloquios sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas y en las Actas del Congreso Paleoetnografía y Paleoetnogenésis de la P. Ibérica (Madrid, Univ. Complutense 1989, en prensa). Una actualización de todos nuestros conocimientos sobre organizaciones indígenas en Hispania tendrá lugar en Vitoria en Noviembre de 1991 y será publicada a continuación.